

**AMAR AL SEÑOR Y AMARNOS UNOS A OTROS
PARA LA EDIFICACIÓN ORGÁNICA DE LA IGLESIA
COMO CUERPO DE CRISTO**

(Sábado: segunda sesión de la mañana)

Mensaje cinco

La vida lava en amor para mantener la comunión

Lectura bíblica: Jn. 13:1-17, 34-35

- I. Puesto que Juan es un libro de señales (2:11), lo que consta en Juan 13 acerca del lavamiento de los pies debería ser considerado una señal, la cual es un símbolo con significado espiritual (vs. 1-17):**
- A. No deberíamos interpretar el lavamiento de los pies simplemente en el sentido físico sino más bien, y aún más intrínsecamente, en un sentido espiritual, más profundo e importante.
 - B. En Juan 1—12 el Señor como vida vino y produjo la iglesia, la cual está compuesta de los que han sido regenerados; en su espíritu, ellos están en Dios y en los lugares celestiales, pero en su cuerpo, todavía viven en la carne y andan por la tierra; esto nos muestra por qué es necesaria la comunión del Señor en Juan 13.
- II. “Sabido Jesús que Su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, habiendo amado a los Suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin [...] Jesús, sabiendo que el Padre le había dado todo en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, se levantó de la cena, y se quitó Su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido”—vs. 1, 3-5:**
- A. El manto que el Señor se quitó representa las virtudes y los atributos que el Señor tiene en Su expresión; por tanto, Él se despojó de lo que Él es en Su expresión.
 - B. Que el Señor se ciñera significa que fue atado y restringido con humildad—cfr. 1 P. 5:5.
 - C. En la antigüedad los judíos usaban sandalias, y sus pies se ensuciaban fácilmente porque los caminos eran polvorientos; si al llegar a un banquete simplemente se sentaran a la mesa y estiraran los pies, la tierra y el mal olor ciertamente estorbarían la comunión; por tanto, para tener un banquete agradable, ellos debían lavarse los pies.
 - D. El Señor lavó los pies de Sus discípulos para mostrarles que Él los amó hasta el fin (Jn. 13:1), y Él les mandó que hicieran lo mismo entre ellos en amor:
 - 1. “Pues si Yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros”—v. 14.
 - 2. “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como Yo os he amado, que también os améis unos a otros”—v. 34.
 - E. Que el Señor lavara los pies de los discípulos equivalía a que los limpiara de su suciedad para que su comunión con el Señor y entre ellos se pudiera mantener.

III. En nuestra experiencia, la contaminación de los pies representa estar separados de Dios y unos de otros a causa del contacto que tenemos con el mundo; el lavamiento de los pies representa el recobro de la frescura y vitalidad espirituales y el recobro de nuestra comunión con el Señor y unos con otros:

- A. En nuestra experiencia, el agua que lava en Juan 13 representa al Espíritu Santo (Tit. 3:5), la palabra (Ef. 5:26; Jn. 15:3) y la vida (19:34; 10:10; 1 Co. 15:45; 2 Co. 3:6; 1 Jn. 5:16); el Señor lava nuestros pies por obra del Espíritu Santo, por la iluminación de la palabra viva y por la operación de la ley interna de vida.
- B. Esto no se refiere al lavamiento de nuestros pecados por medio de la sangre (1:9); ésta es la razón por la cual después de Juan 12, es necesaria la señal del lavamiento de los pies en el capítulo 13; el lavamiento espiritual de los pies nos salva de la ranciedad en nuestra comunión con el Señor.
- C. Hoy en día el mundo es sucio, y nosotros los santos nos contaminamos fácilmente; para mantener una comunión agradable con el Señor y unos con otros, necesitamos que el Señor en Su amor nos lave los pies y que nosotros en amor nos lavemos los pies mutuamente.
- D. Esto es absolutamente necesario para que vivamos en la comunión de la vida divina, la cual se revela en la primera Epístola de Juan, que es la continuación del Evangelio de Juan.

IV. A fin de que experimentemos el lavamiento, necesitamos pasar tiempo en la presencia del Señor y con los santos que están llenos del Espíritu, la palabra y la vida divina—cfr. Mt. 6:6; 1 Co. 16:17-18; Hch. 6:5, 8; 2 Co. 1:15:

- A. Si permanecemos en la presencia del Señor, el Señor vendrá a nosotros y nos lavará, no con la sangre, sino con el Espíritu, la palabra viva y la vida interior:
 - 1. Siempre que tenemos necesidad de tal lavamiento, simplemente podemos abrir nuestro ser al Señor a medida que pasamos tiempo en Su presencia y permitir que la vida interior fluya en nosotros.
 - 2. Espontáneamente, algo viviente nos regará, fluirá en nosotros y nos lavará, y volveremos a estar limpios; nuestro espíritu será elevado, y todo nuestro ser será muy grato en la presencia del Señor.
- B. “Vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros”—Jn. 13:14:
 - 1. En nuestra experiencia, el propio Señor Jesús así como los santos que tienen más vida pueden proveernos tal lavamiento.
 - 2. Es el lavamiento espiritual de los pies que ministramos unos a otros lo que nos mantiene limpios del toque terrenal; mientras andamos y laboramos en la tierra, no sólo necesitamos el lavamiento de los pies de parte del Señor, el cual es ministrado directamente al interior de nuestro espíritu, sino también el lavamiento de los pies de parte de los hermanos y hermanas.
- C. Siempre que estemos por lavar los pies de otros, necesitamos seguir el modelo del Señor al “quitarnos nuestro manto”; esto significa dejar a un lado nuestros logros, virtudes y atributos:
 - 1. Debemos humillarnos y despojarnos a nosotros mismos; muchos visten un manto de espiritualidad y menosprecian a otros; ellos están orgullosos de ser espirituales.

2. Quitarnos nuestro manto significa destronarnos a nosotros mismos.
- D. Ceñirse con una toalla significa que estamos atados y dispuestos a perder nuestra libertad; renunciamos a nuestra libertad con el propósito de ministrar vida a nuestros queridos hermanos y hermanas.
- V. Cada uno de nosotros debe aprender cómo amar a los hermanos y hermanas al ministrarles el lavamiento espiritual de los pies a fin de limpiarlos del toque terrenal; esto los mantiene nuevos, frescos y vivientes; el hecho de que nos amemos unos a otros de esta manera es una señal de que pertenecemos a Cristo—vs. 34-35:**
- A. Podemos resumir el concepto de los pies contaminados como la ranciedad en nuestra comunión con el Señor; sin embargo, los pies limpios denotan una comunión fresca con el Señor:
1. No son muchos los que hoy pueden decir que valoran y aman al Señor tanto como lo hacían hace cinco o diez años; muchas personas tienen que decir que no tienen el mismo sentimiento que tenían hace un año.
 2. Los pies de ellos están contaminados, y ellos se han cansado; en esto consiste el cansancio espiritual; es la pérdida de la frescura y vitalidad espirituales.
- B. El Señor siempre está fresco, y Él desea que nosotros estemos frescos todo el tiempo, no debilitados espiritualmente; es por esto que en verdes pastos Él nos hace recostar, junto a aguas de reposo nos conduce y restaura nuestra alma; el lavamiento de los pies mantiene una comunión íntima entre nosotros y el Señor y reaviva nuestra vitalidad espiritual y frescura espiritual—Sal. 23:2-3; Hch. 3:20; cfr. Dt. 34:7.
- C. Jamás deberíamos permitirnos envejecer, lo cual equivale a estar establecidos, asentados y ocupados; debemos mantenernos vacíos, abiertos, frescos, nuevos, vivientes y jóvenes con el Señor; necesitamos orar para que el Señor, como Espíritu de realidad, nos guíe a la realidad de Salmos 110:3: “Tu pueblo se ofrecerá voluntariamente / en el día de Tu guerra, / en el esplendor de su consagración. / Tus jóvenes te serán / como el rocío desde el seno de la aurora”.
- VI. Debe haber en nuestro interior una frescura, poder, nutrimento y suministro enigmáticos que impulsen a otros a buscar a Dios por haber estado en nuestra presencia; otros deberían desear buscar a Dios, y su energía espiritual debería ser avivada como resultado de encontrarse con nosotros y hablar con nosotros—cfr. Hch. 20:20, 31:**
- A. Necesitamos la renovación efectuada por el Espíritu Santo día a día para siempre poder estar frescos y vigorizados—Tit. 3:5; 2 Co. 4:16-18.
- B. El lavamiento de los pies significa recobrar nuestros sentimientos anteriores, lo cual nos trae de regreso a la frescura y novedad de vida (Ro. 6:4) y nos da nuevas fuerzas (Sal. 27:1, 4) para recobrar la manera en que anteriormente valorábamos al Señor como nuestro primer amor al darle el primer lugar en todas las cosas (Ap. 2:4-5; Col. 1:18b).
- C. No podemos lavar los pies de otros a menos que disfrutemos al Señor como nuestra vida que vence y obtengamos la ayuda del Espíritu para expresar tal vida en nuestro vivir; el Espíritu en nosotros es nuestro Consolador, Aquel que se encarga de nuestro caso, de nuestra causa y de nuestros asuntos—Jn. 14:26; Fil. 1:19-21a.

- D. Cada uno de nosotros necesita que nuestros pies sean lavados, y cada uno de nosotros necesita estar preparado para lavar los pies de otros; entre todos los servicios que los cristianos ministran unos a otros, nada es más crucial o precioso que el lavamiento de los pies; “si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hacéis”—Jn. 13:17.

VII. El lavamiento de los pies es un asunto en el que el Señor nos ama hasta el fin para satisfacer nuestra máxima necesidad; cada uno de nosotros debe aprender cómo amar a los hermanos y hermanas al ministrarles el lavamiento espiritual de los pies:

“¿Cómo podemos lavarnos los pies unos a otros? Supongamos que usted ha terminado su trabajo diario y se siente cansado. No puede pronunciar ninguna alabanza con su boca. Por la noche, cuando llega a la reunión, alguien le pide que ore. A mitad de su oración, no puede continuar y se detiene. Usted siente como si su oración no fuera más que una composición. Sin embargo, tal vez un hermano en la reunión tiene un espíritu fresco, y la oración que él hace refresca el espíritu suyo. La energía espiritual de usted es renovada. En esto consiste lavarse los pies unos a otros. Muchas veces, cuando llegamos a la reunión, encontramos el espíritu de los santos débil y oprimido. Oramos y leemos la Palabra, pero nada parece funcionar. La razón de esto es que los pies de todos están contaminados, y no hay un lebrillo para lavarse los pies. Es como si algo apagara nuestros espíritus. Si alguien se levantara en ese momento y lavara los pies de todos al ofrecer una oración o decir unas palabras, toda la reunión sería refrescada. Sin el lebrillo y sin el lavamiento de los pies, el espíritu de todos está atado. Lo mismo ocurre en nuestra vida familiar. Un hermano o una hermana pueden pasar inesperadamente por su hogar y tener una breve comunión o dar un testimonio, y todos en la familia son introducidos en la presencia de Dios. Antes de ese momento, había una separación entre ellos y Dios, pero después de una conversación tan sencilla, toda separación desaparece. En esto consiste lavarse los pies unos a otros. Quienes hacen esto son preciosos a los ojos del Señor.

“Deberíamos tener la ambición ante el Señor de lavar los pies de otros. A fin de lavar los pies de otros, debemos tener el agua, es decir, debemos estar llenos del Espíritu Santo y estar en comunión constante con el Señor. Por esta causa debemos vivir en el Espíritu Santo diariamente. Sólo entonces tendremos el agua viva para lavar los pies de otros. Cada vez que venimos a la reunión, debemos tener el agua viva para lavar los pies de los demás” (*The Collected Works of Watchman Nee* [Las obras recopiladas de Watchman Nee], t. 42, págs. 281-282).

VIII. Sin el lavamiento espiritual de los pies, la vida de iglesia no puede hacerse real en nuestra experiencia, y la realidad de la vida de iglesia desaparecería:

- A. A fin de lavar los pies de otros, debemos ser llenos del Espíritu Santo a diario, estar en comunión constante con el Señor y vivir en el espíritu mezclado—Ef. 5:18; 3:19; 2 Co. 3:16-18; Ro. 8:16; 1 Co. 6:17; Ro. 8:4, 6.
- B. Por tanto, el diario lavamiento de los pies indudablemente tiene que ser ejercido por el Señor mismo, por un lado, y por todos los santos, por otro; entonces podremos mantener una comunión excelente con la cual tendremos la verdadera vida de iglesia.

- C. “Me regocijo con la venida de Estéfanos, de Fortunato y de Acaico, pues ellos han suplido vuestra ausencia. Porque confortaron mi espíritu y el vuestro; reconoced, pues, a tales personas”—1 Co. 16:17-18; cfr. 2 Co. 7:13.
- D. Que tengamos frescas experiencias espirituales cada día; Romanos 15:32 dice: “Pueda [yo] tener refrigerio y descanso con vosotros”; éste es el resultado del lavamiento de los pies.